

Misa Dominical

Para la celebración dominical y la pastoral litúrgica

5, 12, 19, 26 de mayo de 2024

MD 2024/ 07

ASCENSIÓN Y MISIÓN

La Ascensión del Señor pone punto final a las apariciones de Jesús resucitado. El evangelista Lucas narra este acontecimiento de dos maneras diferentes, eso sí, partiendo de la Escritura, una se basa en la bendición final del sumo sacerdote y la otra en la despedida de Elías. Ambos acontecimientos destacan la continuidad de la misión.

La bendición no sucede en el templo, sino *fuera de la ciudad*, sugiriendo que la Pascua ha inaugurado el tiempo de la presencia del Señor fuera del templo (Lc 24,50); desde ahora el Señor se hace presente en la misión de la Iglesia. Ahora y aquí, la Iglesia no tiene que recluirse, debe ir siempre más lejos. Los apóstoles *ven* cómo Jesús es *elevado al cielo* (Hch 1,9) tal como Eliseo ve a Elías *subir al cielo* (2Re 2,11-15), los apóstoles, al ver a Jesús *subir al cielo*, reciben el Espíritu de Jesús (Hch 2,4) y así continúan la misión de Jesús de hacer presente el Reino y de apuntar a él.

La marcha de Jesús hacia el Padre (Jn 20,17) implica no olvidar que hay que continuar la misión que Jesús ha revelado e iniciado y que, haciéndolo, cumplimos la voluntad de Dios. Por lo tanto, ya no importa que Jesús *se haya marchado visiblemente*, el Reino debe hacerse presente igual: la Iglesia es el *germen e inicio*, y el Espíritu lo anima con su *fuerza*.

La bendición sacerdotal (Sir 50,20-24) concede la alegría y la paz; por eso los discípulos volvieron a Jerusalén *con gran alegría* (Lc 24,52). En el evangelio de Juan se explica de otro modo, y además de la alegría y la paz (Jn 20, 19-21), también queda clara la misión: «Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo» (Jn 20,21). Ahora el marco es la asamblea eucarística, donde Jesús anuncia la recepción de la fuerza del Espíritu (don del Padre para la misión), y así llevar la Palabra de Dios a todos los pueblos y testimoniar la presencia del Reino. Por eso, toda la Eucaristía termina con la misión, somos enviados (*Ite, missa est*).

JAUME FONTBONA

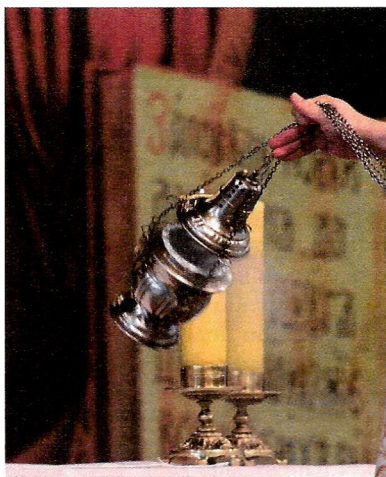
Domingo 6 de Pascua / B
Ascensión del Señor / B
Domingo de Pentecostés / B
Santísima Trinidad / B



RITUALIDAD LIGADA A LA PRESENCIA DE CRISTO EN LA CELEBRACIÓN

Cristo prometió estar presente hasta el final de los tiempos en su Iglesia (cf. Mt 28,20). Esta presencia se hace realidad sobre todo en la acción litúrgica. Así fue afirmado por los padres conciliares en el número 7 de *Sacrosanctum Concilium*, donde, además se especificaron diferentes modos de esta presencia de Cristo:

Está presente en el sacrificio de la misa, sea en la persona del ministro, ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz, sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente con su fuerza en los sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente en su Palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la sagrada Escritura, es él quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: «Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18,20).



Estos diferentes modos de estar presente Cristo en la celebración tienen asociada una ritualidad propia.

La presencia de Cristo se nos anuncia por medio del saludo litúrgico («El Señor esté con vosotros»). En cuatro ocasiones dirá este saludo quien preside

la celebración. Al inicio, concluido el canto de entrada y la signación, «por medio del saludo, [el sacerdote] expresa a la comunidad reunida la presencia del Señor» (*Ordenación General del Misal Romano* 50). Antes de proclamar el evangelio, nuevamente el saludo litúrgico nos llama la atención para manifestar la presencia del Señor que nos dirige su Palabra. En tercer lugar, la plegaria eucarística, momento en el que tendrá lugar la consagración de pan y del vino, presencia real del cuerpo y la sangre de Cristo, se abre con el saludo litúrgico. Y finalmente, tras haber recibido a Cristo en la comunión, este se ha hecho presente en la vida de cada creyente como

se lo recuerda el saludo litúrgico que precede a la bendición final y la despedida del pueblo, «para que cada uno regrese a su bien obrar, alabando y bendiciendo a Dios» (*Ordenación General del Misal Romano* 90c).

De la misma manera, los diferentes besos que se dan en la Eucaristía son signo de veneración de la presencia de Cristo. El beso al altar por parte del sacerdote al comenzar y terminar la celebración nos evoca la presencia de Cristo en el pan y el vino que son consagrados sobre el altar. La proclamación del evangelio concluye con un beso al libro, mientras el sacerdote dice en secreto: «Las palabras del evangelio borren nuestros pecados».

Y se besa al hermano en el momento de la paz: Cristo presente en la asamblea reunida.

Todas estas presencias, además, pueden ser «incensadas» para expresar «reverencia y oración, tal como se indica en la sagrada Escritura (cf. Sl 140,2; Ap 8,3)» (*Ordenación General del Misal Romano* 276). El sacerdote que preside, la asamblea reunida, el Evangeliario, las especies eucarísticas consagradas son incensadas con tres movimientos dobles (cf. *Ordenación General del Misal Romano* 276). Es un modo de significar la presencia del Señor en cada una de ellas, porque es a él a quien está dirigida indirectamente la incensación.

JOSÉ ANTONIO GOÑI

En la recta final de la cincuentena pascual y en los dos primeros domingos del tiempo ordinario celebramos diversas solemnidades y fiestas litúrgicas muy importantes, que tienen identidad propia y que nos ayudan también a mantener el tono alegre y festivo: la Ascensión del Señor, Domingo de Pentecostés, la Santísima Trinidad y Corpus Christi. Por este motivo les recordamos algunos materiales específicos para estas celebraciones. Pueden acceder a estas recomendaciones escaneando los códigos QR o mediante la página web: www.pastoralliturgica.cpl.es, en el apartado “Tiempos litúrgicos/Materiales recomendados según los tiempos litúrgicos”.

**Ascensión y
Pentecostés**



**Trinidad
y Corpus
Christi**



ORGANIZAR LA SINODALIDAD PARA DAR ESPACIO AL ESPÍRITU

Pronto se celebrará el Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar. Un buen signo que sea por Pentecostés y un buen signo también este contexto general que nos hace avanzar a todos en sinodalidad.

Una servidora ya hace muchos años que forma parte de un movimiento de Acción Católica, la ACO, que se inscribe dentro de la pastoral obrera. Y la verdad es que en la ACO, como en los demás movimientos hermanos de acción católica, la sinodalidad es la forma habitual de funcionamiento. Y una sinodalidad en que cada vez más los laicos y laicas asumimos más responsabilidades puramente pastorales. Esto forma parte del alma de la Acción Católica, que prevé que sean los militantes de los movimientos los que los dirijan, pero la verdad es que la falta de consiliarios sacerdotes también ha contribuido a esta realidad. Dando un paso más, cada vez más son laicos y laicas quienes hacen la tarea de animación de la fe dentro de los grupos. De esta manera, los miembros de los movimientos no solo intentamos construir el Reino de Dios y llevar a Jesucristo a nuestro entorno habitual de trabajo o vecindad, sino que asumimos tareas de acompañamiento de grupos

y personas, de preparación de plegarias, de formación bíblica, litúrgica y eclesial.

En este sentido, creo que la experiencia de los movimientos puede ser algo bueno para el conjunto de la Iglesia, porque se inscribe plenamente en la línea sinodal. Y porque es una prueba lograda de una experiencia probada en el tiempo que en algunos entornos eclesiales es totalmente nueva.

Trabajar en equipo es difícil, no siempre funciona espontáneamente, y delegar y asumir responsabilidades, también. Confiar en los laicos y laicas es todavía una asignatura pendiente en muchas comunidades cristianas. He estado en muchas reuniones en que, cuando se habla de pedir un servicio a una persona laica, la propuesta siempre va acompañada de un «sí, pero que tenga la formación adecuada», algo que en el caso de los ministros ordenados se da por hecho.

En realidad, que lo hagamos nosotros no es garantía de nada. Nos equivocamos, a veces no sabemos por dónde ir, o hay pequeños conflictos o no estamos suficientemente preparados. Pero oso decir que nuestros errores, con todos los respetos, no son diferentes de los de los ministros orde-

La Revisión de Vida con los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35)



¹³ Aquel mismo día, dos de ellos iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; ¹⁴ iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. ¹⁵ Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. ¹⁶ Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. ¹⁷ Él les dijo: «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?». Ellos se detuvieron con aire entristecido. ¹⁸ Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?». ¹⁹ Él les dijo: «¿Qué?». Ellos le contestaron: «Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; ²⁰ cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. ²¹ Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. ²² Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, ²³ y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo. ²⁴ Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron». ²⁵ Entonces él les dijo: «¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ²⁶ ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?». ²⁷ Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. ²⁸ Llegaron cerca de

la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; ²⁹ pero ellos lo apremiaron, diciendo: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída». Y entró para quedarse con ellos. ³⁰ Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. ³¹ A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. ³² Y se dijeron el uno al otro: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?». ³³ Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, ³⁴ que estaban diciendo: «Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón». ³⁵ Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Ver

El ver parte de lo que se vive o de un hecho que ha sucedido: «Iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido» (v. 14). Hay un hecho o una situación que les preocupa o interesa.

Un momento clave del ver son las consecuencias de lo que se ha experimentado, vivido o hecho. Por eso es importante la pregunta de Jesús: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?». Él les dijo: "¿Qué?"» (v. 19). Y el otro momento del ver son las causas, es decir, intentar descubrir por qué ha pasado. Y aquí Jesús también da la clave: «¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?» (v. 26).

Juzgar

Es el momento de abrir las Escrituras y descubrir en ellas la luz que ilumine la situación vivida o el hecho sucedido. En este momento, el papel del consiliario (presbítero o diácono) o del animador de la fe (persona adulta creyente que acompaña a un grupo de jóvenes o de niños) es crucial, ya que tiene que hacer como Jesús para que se abran los ojos de la fe, y así se pueda entender lo que el hecho o la situación revela a la luz de la Palabra de Dios.

En el relato de Emaús se nos dice claramente que Jesús les explica (todos) los pasajes de la Escritura que tienen relación con el hecho o la

situación o, al menos, que arrojen luz a la oscuridad de la situación vivida o a la complejidad del hecho sucedido (cf. v. 25). En concreto, el narrador nos dice: «Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras» (v. 27).

El juzgar es la ocasión de encontrarse con el Jesús vivo, que habla desde la situación vivida o a partir de lo que ha sucedido en el hecho una vez iluminado con la Palabra. Precisamente, los que acaban de expresar lo que ha sucedido experimentan una presencia que les emociona y les cautiva, y que les abre a acoger la Palabra escuchada, convertida en presencia transformadora: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída» (v. 29).

Actuar

Una vez se les han abierto los ojos, tocados por esta presencia transformadora –«¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?» (v. 32)–, se pasa a la acción, a la misión: «Levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros» (v. 33).

En el actuar se hace frente a la realidad de la que se quería huir o prescindir. Se hace frente a la realidad desde otra perspectiva, la que *los ojos de la fe* y la transformación del corazón han operado en las personas que se han puesto bajo la Palabra y se han sentado a la mesa. Sentarse a la mesa con la Palabra es contar con ella, no como una opción posible, sino como la propuesta que nos es hecha por la acción del Espíritu, o el camino que se nos revela o se nos muestra gracias a la luz del Espíritu.

Esta decisión (la opción tomada, el compromiso decidido, el reto a considerar) debe ser confrontada con la comunidad reunida o con el grupo que ha hecho la RdV, no se trata de una decisión individual. Por eso, el narrador del relato de Emaús nos dice que, antes de que (los dos discípulos) formulen su descubrimiento, lo escuchan por medio de los Once y los que estaban con ellos: «Donde encontraron reunidos a

los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: "Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón"» (v. 34).

El papel del consiliario y del animador del grupo

El papel del consiliario consiste en acompañar los tres pasos de la RdV, y también en ayudar a abrir los ojos de la fe a los participantes, interpretando la Palabra escuchada y acogida, para que sea transformadora y los anime a la misión, a la acción.

El papel del animador del grupo consiste en seguir los tres pasos para que se pueda producir el encuentro con la presencia transformadora de Jesús, el crucificado resucitado. Por tanto, se le pide fidelidad al método y, a la vez, flexibilidad ante la situación y los hechos planteados. Es el que conduce la dinámica y anima a los participantes a hacer el proceso de descubrimiento, de encuentro y de transformación.

Jesús es tanto el modelo para el consiliario como para el animador del grupo:

- ◇ Jesús se acerca y camina con quien se encuentra; suscita la pregunta para que expliquen lo que viven o les preocupa; escucha lo que narran de su vida y acción; confronta lo que viven con la Escritura y los cuestiona (cf. v. 25); ayuda a recuperar la esperanza y a encontrar sentido en los acontecimientos vividos.
- ◇ Jesús acompaña a descubrir la presencia transformadora de Dios; comparte como amigo el descubrimiento hecho y da testimonio de que esto es una prueba del Reino (sentarse a la mesa con Jesús resucitado), sabe desaparecer cuando se ha hecho el proceso.
- ◇ Jesús sabe desaparecer cuando se ha hecho el proceso: la acción o la misión tiene que ser llevada a cabo por los que se han sentado con él. Pero sigue presente en la Palabra (Escritura) y en la Eucaristía, una vez ha ayudado a descubrir lo esencial del designio de Dios desde la vida y la acción.

nados. Como los apóstoles, todas y todos sentimos la llamada. Y como los apóstoles, no siempre acertamos. De hecho, hace poco un amigo profesor de teología me decía que el único texto en que se hablaba bien de los apóstoles es en su llamada, porque en el resto, Jesús tiene que corregirlos continuamente. Pues eso, a nosotros también.

Dicho esto, del camino sinodal me sorprenden un par de cosas: que este estilo comunitario no se refleje en la norma eclesial, es decir, el Código de Derecho Canónico. Porque, si no, que se trabaje sinodalmente o no depende exclusivamente de la voluntad del párroco, lo que es una contradicción en sí mismo. Y lo segundo que me sorprende es que dentro de la Iglesia cuesta mucho que haya una vertebración, una buena organización de los diferentes niveles de responsabilidad. A ver si sé explicarme.

Actualmente, me han confiado una responsabilidad interdiocesana dentro de la pastoral obrera, pero ni siquiera conozco a la mayoría de las personas que tienen responsabilidades parecidas en el ámbito de la catequesis, de la liturgia, de la salud, de la enseñanza y tantos otros. Ni se me piden cuentas de los proyectos que intento desarrollar ni, está claro, se me proporcionan los medios. Los medios vienen de algunas diócesis que voluntariamente aportan recursos, o de la voluntad –o voluntarismo– de

los que allí trabajamos. Esto favorece una gran libertad, pero creo que sería muy importante cierta actuación coordinada y comunitaria.

Es una cuestión de equilibrar la organización y flexibilidad, de favorecer que la gente se conozca y, a partir de aquí, que colabore. Quien más, quien menos, lo hemos experimentado cuando asistimos a unas jornadas, que es tan interesante lo que te explican los ponentes como la gente que asiste, con quien compartes inquietudes y con quien se produce un estímulo mutuo.

También sería bueno concretar recursos. No deja de sorprenderme que aún haya comunidades cristianas grandes que no funcionen con un presupuesto, que no debe confundirse con burocracia. Hacer un presupuesto, en cualquier entidad pública o privada, es una manera de expresar cuáles son las prioridades institucionales reales en un plazo determinado de tiempo y, a la vez, de señalar los medios para que estas prioridades se lleven a cabo.

Promover la sinodalidad, promover un espacio donde el Espíritu se puede manifestar ampliamente y donde se creen las sinergias necesarias. Ojalá crezcamos en esta experiencia comunitaria y sinodal.

MERCÈ SOLÉ

X MEMORIAL PERE TENA

El jueves 15 de febrero, tuvo lugar la proclamación y entrega del X Memorial Pere Tena de Pastoral Litúrgica, concedido por el Centre de Pastoral Litúrgica de Barcelona (CPL) a monseñor Aurelio García Macías por su aportación en el campo de la ciencia litúrgica. El acto se celebró en el Aula Magna del Seminari Conciliar de Barcelona y se pudo seguir en directo.

Josep Maria Romaguera, presidente del CPL, explicó que «este Memorial fue creado para mantener viva la memoria del obispo Pere Tena (1928-2014), fundador del CPL y pedagogo de la liturgia, para promover todo lo que ayuda a vivir la liturgia de la Iglesia en el mundo actual y para recordar constantemente la importancia de la pastoral litúrgica en la vida cristiana». Asimismo, destacó la coincidencia de que Mons. Tena también ejerció el cargo de subsecretario del Dicasterio para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos entre los años 1987 y 1993.

En la laudatio del homenajeado, el Dr. Salvador Pié-Ninot, teólogo, profesor, miembro del CPL y párroco de la basílica de Santa María del Mar, hizo referencia a dos conceptos clave que aparecen en las investigaciones teológico-litúrgicas de Mons. Aurelio: «Jesucristo como apóstol y pontífice» y «sacerdocio apostólico»;

y destacó que «estas dos expresiones se pueden contemplar en Mons. Aurelio García».

Tras agradecer afectuosamente el premio, Mons. Aurelio recordó que en 2001 fue invitado por el obispo Pere Tena a impartir clases en el Instituto Superior de Liturgia de Barcelona (ahora: el Instituto de Liturgia *ad instar facultatis*). «A lo largo de quince años –constató– participé como profesor. Entré en contacto con figuras preeminentes del mundo litúrgico a nivel catalán, español, europeo y mundial. Podía percibir un gran pluralismo académico».

En el transcurso de su intervención, dedicó palabras de profunda admiración por el añorado obispo Tena. «Era un maestro indiscutible en materia litúrgica. Siempre aprendías con él. Era una persona pacífica y muy trabajadora. Pretendía convencer, no imponer. A través de la lectura de sus editoriales de la revista *Phase*, editada por el CPL, encontramos la "mens" de Tena. Allí es donde encontramos la formulación de ideas originales y luminosas sobre la renovación litúrgica. Son textos clarividentes que todavía hoy invitan a la reflexión», subrayó.

El acto del X Memorial Pere Tena de Pastoral Litúrgica continuó con la oración de las Vísperas en la capilla del Seminario Conciliar de Barcelona.

Pragmatismo ético frente a la estética y la doxología

Tengo la impresión de que, en este punto, somos herederos de la austera tradición luterana, como barruntaba Jürgen Moltmann en su precioso libro *Sobre la libertad, la alegría y el juego* (Salamanca 1972). Sin embargo, apenas si ha dejado huella alguna entre nosotros la tradición oriental, tan cargada de espiritualidad, tan contemplativa y abierta al horizonte escatológico. Nosotros, los latinos, hemos experimentado siempre una fuerte tendencia a resaltar los aspectos históricos de la encarnación y de la presencia en el mundo, los valores antropocéntricos caracterizados por la rectitud moral y por el compromiso social. Esa es una de las razones por las que, entre nosotros, ha ido decayendo cada vez más el talante festivo. Nuestras liturgias se desarrollan siempre con una preocupación pragmática y utilitaria: que *nos sirvan* para ser mejores, para comportarnos mejor, para inyectar en nuestras vidas un mayor impulso y una mayor eficacia. Siempre hay un «para», una utilidad de inspiración moral.

Sin embargo, desde aquí, quiero hacer votos a favor de la gratuidad, por una liturgia más lúdica y menos interesada, más pendiente de Dios y menos del hombre, más abierta a la alabanza y a la doxología, más contemplativa y más abierta a los valo-

res escatológicos. Hay que poner un poco de sordina a tanta oración de petición, a tanto *mea culpa*, a tantas recriminaciones de autoinculpa-ción, a tanta reflexión moralizante, a tantas vueltas y revueltas en torno a nuestros problemas personales. Hay que mirar más hacia arriba y menos hacia nosotros mismos.

Yo sé que tanto una actitud como la otra, consideradas en sí mismas, son respetables y positivas. Lo que aquí se plantea es un problema de equilibrio, de proporcionalidad. Porque en nuestras celebraciones, frente a la catata de peticiones y recriminaciones morales, echamos de menos una mayor sensibilidad hacia las expresiones doxológicas y de alabanza, hacia ese tipo de repetición incesante de una aclamación o de una jaculatoria, un tanto monocorde y monótona, como quien tararea y repite sin interrupción un mantra, dejándonos sumergir en un clima de misterio y abiertos a la contemplación. Hay que cambiar el clima espiritual de nuestras celebraciones. Hay que dejarse impactar por la fuerza de los símbolos, hay que asumir como algo indiscutible que es Dios quien actúa en nosotros, quien nos cura y nos salva; y que a nosotros solo corresponde abrimos y dejarle actuar. Hay que dejarnos seducir, sumergirnos en el misterio.

EL CUERPO

San Agustín, en el Oficio de lectura de la Ascensión del Señor, afirma que «así como él [nuestro Señor Jesucristo] ascendió sin alejarse de nosotros, nosotros estamos ya allí con él, aun cuando todavía no se haya realizado en nuestro cuerpo lo que nos ha sido prometido».

Que la promesa todavía no se ha realizado en nuestro cuerpo lo experimentamos dolorosamente cuando acompañamos a una persona en el proceso final de vida (en el lenguaje del personal sanitario). La debilidad y la fragilidad de una persona en este proceso nos sitúan ante una realidad que nos es común a todos y de la que quizá a veces no somos conscientes. Pero, al mismo tiempo, experimentar esta realidad es ocasión para darnos cuenta de lo que Dios, por amor, eligió para enviar a su Hijo al mundo (Jn 3,16-17): «formarle un cuerpo» parecido al nuestro (Heb 10,5).

Para los que creemos en Jesucristo, pues, esta experiencia es un momento de fortalecimiento de la fe y de la esperanza, porque «estamos ya allí con él» aunque «todavía no». Que «ascendió sin alejarse de nosotros, nosotros», lo reafirma san Agustín cuando dice que «él [Cristo] fue ya exaltado sobre los cielos; pero sigue padeciendo en la tierra todos los trabajos que nosotros,

que somos sus miembros, experimentamos». Acompañar en la muerte, pues, es un momento de fortalecimiento, también, de la caridad: la fe en que él, que ya está en los cielos, «sigue padeciendo en la tierra los trabajos que nosotros experimentamos», es decir, que «no se alejó de nosotros», que continúa encarnado y comprometido en este mundo, nos hace crecer en la caridad hacia quienes él ama, nos consolida en el compromiso por la vida de las personas, una vida cuyo final no es la muerte. También la oración colecta de la Ascensión lo ilumina cuando pide a Dios el don de «exultar de gozo y darte gracias en esta liturgia de alabanza, porque la ascensión de Jesucristo, tu Hijo, es ya nuestra victoria, y donde nos ha precedido él, que es nuestra cabeza, esperamos llegar también nosotros como miembros de su cuerpo».

El cuerpo humano es frágil y débil. Limitado. Lo podemos experimentar a menudo, quizá cada día. Aun así es el mayor regalo del Creador. Y está llamado a ver cumplida la promesa. Esto también lo experimentamos siguiendo a Jesús de cerca, en todo y para todo. Y la celebración eucarística, sacramento de la muerte y resurrección del Señor, es la concreción de esta experiencia.

JOSEP MARIA ROMAGUERA BACH

Centre de Pastoral Litúrgica

☎ Diputació 231 - 08007 Barcelona

☎ 933 022 235 ☞ cpl@cpl.es - www.cpl.es
wa +34 619 741 047

Director de la publicación: David Álvarez

Año LVI

Suscripción anual: 102,50 €

Precio de cada ejemplar: 7,00 €

Imprenta: GZ Printek

ISSN 1887-8202 / D.L.: B.18.369-1975